



Flor del espinillo Colección

INTERNACIONAL

II

Mariella Nigro
Uruguay

Gabriel Chávez Casazola
Bolivia



CURUZÚ CUATIÁ
La ciudad de todos

Fundación
Cultural
Esteros.



Flor del espinillo : Internacional.- 1a ed.-
Curuzú Cuatiá : Municipalidad de Curuzú Cuatiá, 2020.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8313-67-2

1. Antología de Poesía. 2. Poesía en Español. I. Internacional.
CDD 861

Editora: Carolina Zamudio.

Maquetación: Oscar Fortuna.

Foto de Mariella Nigro: Lucía Moreno.

© 2020 de sus respectivos textos: Mariella Nigro, Gabriel Chávez Casazola.

Publicado en Argentina / Published in Argentina.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, bajo cualquier método, incluidos reprografía, la fotocopia y el tratamiento digital, sin la previa y expresa autorización por escrito del titular del copyright.



Flor del espinillo Colección

INTERNACIONAL

II

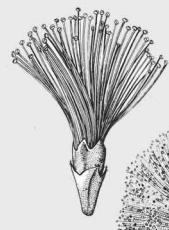
Mariella Nigro
Uruguay

Gabriel Chávez Casazola
Bolivia



CURUZÚ CUATIÁ
La ciudad de todos

Fundación
Cultural
Esteros.



A pesar de los tiempos difíciles que enfrentamos, la comunidad curuzucuateña sigue apostando al desarrollo educativo y cultural. Durante las crisis, una de las mejores herramientas de las que servirse es la creatividad. Es por ello que, desde el Municipio de Curuzú Cuatiá, decidimos abrirnos al mundo y, principalmente, compartir nuestro propio talento, a través de la Novena Feria Internacional del Libro, espacio que nos permitirá compartir nuestra identidad. ¿Quiénes somos y de dónde venimos? Hacia dónde vamos. Una gran oportunidad de contarles a una cantidad ilimitada de receptores y lectores sobre el riquísimo acervo cultural que en más de 200 años de historia Curuzú Cuatiá fue construyendo, como Primer Pueblo Patrio Argentino, fundado por Manuel Belgrano el 16 de noviembre de 1810.

La «Colección Flor del Espinillo» es una iniciativa que abre un nuevo camino en este sentido. Confluyen en ella treinta y nueve autores curuzucuateños, correntinos, argentinos y de todo el mundo. La posibilidad de aunar estas voces que hablan desde su propia idiosincrasia en una sola colección de libros —digitales y gratuitos— nos llena de esperanza. Aventurarnos en la democratización de la cultura y su libre acceso, con las posibilidades tecnológicas actuales, es un reto que enfrentamos sin dudarlo, con la firme convicción de que la lectura debe seguir siendo un pilar de la educación.

Curuzú Cuatiá cuenta con dos bibliotecas. Una de ellas, la “Bernardino Rivadavia-BPR de ACYAC”, asociación sin fines de lucro que promueve el saber en todos sus ámbitos, data de 1914 y fue pionera en la región. A la par, la más joven biblioteca “Cuatiá Renda” completa un amplio abanico de posibilidades de acceso no solo al libro, sino a múltiples actividades de creación y educativas. Es de destacar que ambas forman parte de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, CONABIP.

Nuestra ciudad se enriquece también con monumentos y edificios históricos que conforman el patrimonio local. Entre ellos, el Museo Tarragó Ros y la Casa de la Cultura ACYAC, el Anfiteatro Quique Sorribes, los parques Mitre, Mita Rorí y Martín Fierro, donde se realizan fiestas populares, lanzamientos de carnavales y otros eventos públicos. El Club Social, declarado Patrimonio Arquitectónico, y la Sociedad Italiana, fundada en 1867, Patrimonio Histórico y Cultural de la Provincia de Corrientes.

Es por todo ello, y con miras al futuro, que celebramos esta feria única en su tipo para una localidad como la nuestra y, de manera particular, esta colección. Nos sentimos honrados de recibir el aporte de figuras destacadas de la literatura de más de veinte países para seguir acrecentando nuestro legado en el más amplio sentido. Es momento de soñar y concretar el presente: un pueblo que crea cultura, es un pueblo que crece.

José Miguel Ángel Irigoyen
Intendente Municipal
Curuzú Cuatiá, Corrientes, Argentina



Mariella Nigro

(Montevideo, Uruguay, 1957)

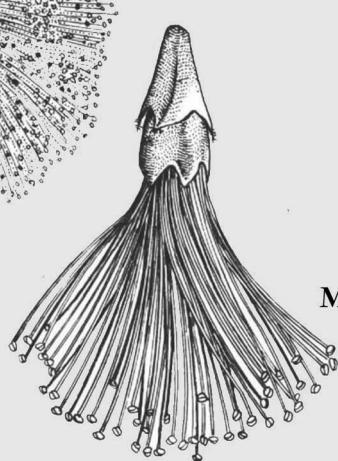
Egresada de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (Universidad de la República).

Tiene publicados ocho libros de poesía y uno de ensayos literarios. Integra varias antologías de poesía y de ensayo y catálogos de arte plástico. Y ha colaborado en revistas literarias y publicaciones universitarias y académicas, nacionales y del exterior.

Obtuvo varios premios literarios, nacionales y municipales, entre ellos, en los Premios Nacionales de Literatura del Ministerio de Educación y Cultura, el primer premio de poesía por *Umbral del cuerpo* (2002), *El río vertical* (2004) y *El tiempo circular* (2011); y en la categoría ensayo de arte inédito, el premio (único, compartido) por *Dolor de espejos*

(Apuntes sobre el arte de Frida Kahlo) (1998).

Recibió el Premio Bartolomé Hidalgo de Poesía 2011 por *Después del nombre* (Editorial Estuario), otorgado por la Cámara Uruguaya del Libro, y el Premio Morosoli 2013, Categoría Poesía, otorgado por la Fundación Lolita Rubial, en reconocimiento a méritos, trayectoria y aporte a la cultura uruguaya.



Flor del espinillo

Colección

Municipalidad de Curuzú Cuatiá

José Miguel Irigoyen

Intendente Municipal

Marcos Isusi

Presidente del H.C.D

Juan Ángel López

Secretario de Gobierno

Verónica Espíndola

Secretaria de Economía y Finanzas

Virginia Aguirre Talamona

Directora de Cultura y Turismo

«IX Feria Internacional del Libro de Curuzú Cuatiá»

Carolina Zamudio y Luis Fernando Macías

Directores Fundación Cultural Esteros

Mónica Alegre de Irazusta

Directora «Asociación Cultural y Artística

Curuzucuatense Biblioteca Popular Rivadavia»

Mirta Gómez

Directora Biblioteca Popular «Cuatiá Rendá»

Curuzú Cuatiá, 2020



CORRIENTES
Somos todos!



CURUZÚ CUATIÁ
La ciudad de todos

**SOMOS
CULTURA**
CURUZÚ CUATIÁ, promoción de Cultura y Turismo

Fundación
Cultural
Esteros.

A.C.Y.A.C.

BIBLIOTECA POPULAR CUATIÁ RENDÁ

Del libro *Umbral del cuerpo*
(Ediciones La Gotera, Colección Hermes
Criollo de Poesía, Montevideo, 2003)

Cerviz

Ésta
la vertical de mí
tallo del pensamiento
esa flor blanca
y abierta.

Desde donde no miro
debajo de la gasa y el collar
quiebra el hilo de plata
el transcurrir del sueño.

Mano que corta la trenza imaginaria
ahueca el hueso
deja roto el carey
en la nuca quebrada.

Y en una pesadilla de ortopedia
apronta Salomé su mano crespa

sostiene desde ya
la blanca flor del cuello.

Envoltura (I)

Cerca la piel
el piélagos del ser,
red en la ribera
de una arena descarnada.

Y el guante del cuerpo
junta pedazos del reverso,
algodones y piedras de todos los pecados,

es que vitelo y pliegue
lentamente teje
la escondida mano.

Hasta que el lienzo
ceda al trazo del tiempo
la última marca,
filtro solar inhibe
mi escalfado destino de sirena.

Del libro El río vertical
(Ediciones Artefato, Colección Mentor de
poesía, 2005)

El surtidor del cielo (VI)

Que el cuerpo,
como si fuera Ulises buscando su destino
pero al pasado, remando,
construyera hacia atrás su geometría.

Y hubiera llegado el verano
con un frío cuchillo de obsidiana
entre los dientes. Sonreiría ante la muerte
y entonces
brillaría el filo.

Y en la oscura hendidura de lo blanco
una flor siempre negra y mojada
una cosa enterrada
encarnada
recordando al cuchillo.

Pero cae una lluvia sucia sobre el campo del sueño
y la herida reabre.

No celebro el diluvio. Sólo duele la sima profunda
y el recuerdo anfibio de la aleta

y allá arriba la dorada cabellera de Ofelia
aún flotando.

El manantial enterrado (III)

Algo de mí aquí se queda
enganchado en las hendijas
de mi casa de cien años
entre sus rejas apenas respirando
y hacia los altos techos mi alma
empecinada lumbre vertical.

Húmeda, la enhebra el río
con su hilo de agua reluciente.

Y es la gema más dura que he tenido.
Y queda lo innombrable
y todo lo que dije
bajo sus cimientos.

Si pienso en la partida, la música abre brazos
pero el silencio lleva hasta el fondo de las aguas
donde la musa es sólo una sirena mutilada
sangrando por la escama la poesía.

Si atravesara el tiempo y por el río volviera
y resurgiera en la fuente destruida del patio
encontraría lo que aquí de mí se queda,
este dolor vertical radiando al alto amparo
de mi reina encalada de cien de años.

El río del cuerpo (IV)

Así, si en el cuerpo naciera el río,
si la poesía vertical
desgranara en él su pedrería
y voltearan a su paso los recuerdos,
agotadas margaritas
amarillas deshojadas los penares
los dolorosos desmayos como quebrados juncos
alegrías, camalotes brillantes
y espeso plancton, las dudas y temores.

Si pliegues en la ensenada de los años
así en él formaran las arrugas
desesperada la piel en su tersura
desconcertara al tacto, si engañara
la juventud antigua su luna oscura
ese espejo, como el cielo, de la vejez que viene

enjoyada yo andaría
cascando los brillantes abalorios
engalanada entre lo verde y lo fluido
entre las ondas verticales
los erectos remolinos
el elevado albur

allá en lo hondo.

Del libro *El tiempo circular*
(Editorial Yaugurú, Montevideo, 2009)

La clausura (VI)

El cuerpo se cierra y se abre
se agita y se adormece, es dulce y salado
entero y fraccionado.

Es una despensa de donde cuelgan aves
y encerradas reposan las almas de las frutas.
La carne viva agita por momentos sus alas
y un ojo queda fijo
los huesos guardan una semilla
la sangre escancia como un jugo.

El cuerpo es el pan de campo
la hierba molida, el ave cortada.

El cuerpo es un coto de caza.

Residencia en el cuerpo (III)

Al hablar, algo caído se levanta
llegado de lo hondo, resplandece
rehace los rincones de la boca
va hasta la espalda, le saca un ala
como si un trino llenara la oquedad del cuerpo.

Al hablar, queda el vagido sepultado
en las cavernas, cementerio de ancestros
por debajo del hueso, en el revés del cuerpo
un agua fluye por el ramal del pecho
y ordena el primitivo caos de la idea.

Al hablar, blande el alma sus armas
contra la dentadura
apura la corriente de la sangre
saca una luz de adentro, como un hijo
cuando hace entrada en el mundo.

Residencia en el cuerpo (V)

Residencia en el cuerpo luego de haberse ido
regreso al hueso primordial del pensamiento
no es agua negra en el rabillo del ojo
ni se estanca la sangre en su afluente hondo.

Es el manantial entre las piedras
y al viento como un juncos la vertical se yergue
tramos del cuerpo que vuelven a su sitio
los ojos y la boca buscando en la alta rama
la flor de una idea que corone la cabeza.

Del libro *Después del nombre*
(Estuario Editora, Montevideo, 2011)

De la muerte y el nacimiento (I)

Aprieta y duele. Un árbol
laúd barcaza pero ataúd,
llegada a la madera, la poeta
en la raíz del viento en el silbido
en la fría humedad de la rotura
en la luna del hueso enterrada la hoz
con su corte en el aire sin remedio.

Ha entrado en la magnolia
a la pasión del árbol lleno de cosas vivas
y de niñas antiguas.

Ahí adentro ella escribe
sobre la flor enorme
con su ala menuda.

De este lado
se caen las piedras de la boca
y se incendia la lengua

y luego la poesía se pone un traje oscuro.

(A la memoria de Marosa di Giorgio)

Los cinco elementos

El agua lleva la memoria del aire
El aire tiene memoria de la tierra

Una isla no es una isla no es una isla

(Mientras, la flor vive por la memoria del lodo
por la piedad del agua)

Dijo algo, pero quemó las palabras, como un poeta

Si cae
(como de un muro una niña en el salto del juego)
quedará olor a alas quemadas

El mundo es una pira
Y hay un agua de lágrimas que no puede evitarlo

Toda flor lleva la memoria del árbol en el pétalo
Todo hueso tiene un ala oculta

Va por el río vertical buscando su madriguera
Madriguera sin madre

Con instrucciones para entender
tristes huesos astillados

Luego desapareció
(caminó o voló, ahogado o encendido)

Pero queda la memoria
y su confusa belleza

(A Cecilia Mattos)

Del libro *Orden del caos*
(Editorial Vitruvio, Colección Baños del
Carmen, Madrid, 2016)

Hijo del hijo

*A Marco,
fruto verde en lo alto de la rama.*

Por él, brilla el barro al pie del árbol.

Húmedo en el vacío,
nonato espléndido
en la hermosa ciudad
en que se atrasa el tiempo,

un leve pestaño
y te apareces.

Vienes desde lejos,
como el hijo adolescente,
un paso más allá,
del azar de la arena en el cristal.

Acá te espero, descendencia
del río vertical, tu breve gota
que desde el cielo mana.

Viento en ti mi inútil ascendencia,
vieja de amor, poeta
que adoctrina a la noche,
te espero, te predigo,
innominado, inédito,
criatura fantástica.

Te dejo todo escrito
hoja de ruta y escalera al cielo,
ardiendo desde el tronco de mi árbol
hacia tu sola hoja,
te dejo el día y la noche
y te ofrezco mi asombro.

Tan leve e incipiente
en el flujo del agua, breve afluente,
en el zodíaco, en el cruce de estrellas
cuánticamente perfectas,
alma en la copia de mi dibujo,
élan de mí,
holograma del hijo de mañana.

Orden del cuerpo (5)

A trasluz, como quien le canta al fuego.
Está la llama de aquí, la que queda de este lado de la llaga,
la parte del pasado cuando abrazada al viento me encendía
y mostraba el resplandor de adentro.

Está la tibia y amarilla flama,
el menguado pabilo del recuerdo y su infancia a lo lejos
centelleando
dejando el hijo la luz viva, el fuego vertical de la alegría.
Y en el reverso el calor más reciente,
las marcas dorsales del incendio,
la falla vertical donde verdeaban montes y viñedos
y se amaba en la hoguera.

Ahora corre un agua por la hendidura viva,
va anegando de a poco el braserío
y un día apagará el ardor del corazón

antes o después

según la forma de hacer el fuego.

(A Vera Sienra)

Del libro *Frida y México. De visiones y miradas*
(Editorial Yaugurú, Montevideo, 2017)

Mi vestido cuelga ahí (1933)

Qué soledad
siente el vestido
junto al retrete y la basura;

la soledad del guerrero
que abandona su armadura,
Monctezuma invadido
ha colgado el jubón.

Perdida la amerindia
entre mitos vacíos,
tehuana sin atavío,
molusco que arroja su carey,
flor desgarrada que se despoja del cáliz,
crisálida incendiada
vuela hacia el mar
y olvida su envoltorio.

Lienzo con forma de mujer
es un retazo de memoria,
esparadrapo, apósito,
alforja de carnes encendidas.

La dolorosa vestidura
es otra membrana,
cáscara de maguey que perdió el zumo,
escayola de tela, coraza orlada,
otro corsé que se desgarra,
entelada matriz,
ajuar de la nada.

Y ella sigue ahí.

La columna rota (1944)

Se ha quebrado el fuste
de la columna jónica.
Duele el umbral.

Algo restaura el corsé
como un cincel
que domina la piedra
y es posible
cambiar el orden
de la fallida arquitectura.

Al templo abierto
asoman los dioses;
se descuelgan del ábside
con sus cruces de clavos
ebrios de un maná
de lágrimas y sangre.

Del libro *Memoria de lo invisible*
(inédito)

El hilo de plata (III)

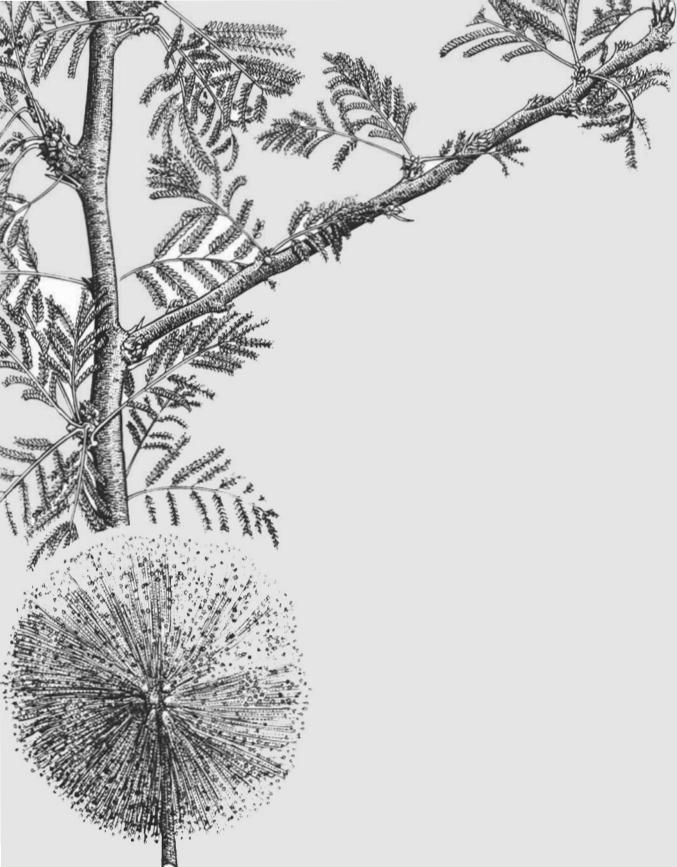
si la metáfora es realidad, y viceversa,
si piensa en el amor y en el orden de las cosas
como Delmira,

si la primera fuente es el último linde
y la gota final ya manó en el inicio,

hacia atrás el resplandor y el estruendo mudo,
hacia adelante la luz tenue y el eco,

hoy mismo: el asombro, el azar,
la luna menguante
y la flor de pie roto. Como Delmira.

Entonces, ¿qué puerta de qué casa me clausura,
qué viento de qué calle me libera,
qué blanco de qué página me escribe?





Gabriel Chávez Casazola
(1972)

Poeta, ensayista, gestor cultural y periodista boliviano, considerado “una de las voces imprescindibles de la poesía boliviana y latinoamericana contemporánea”. Sus libros de poesía han sido publicados en 12 países de América y Europa. Está traducido a diez idiomas y entre sus obras se encuentran *El agua iluminada* (2010), *La mañana se llenará de jardineros* (2013) y *Multiplicación del sol* (2017). Es curador del Encuentro Internacional de Poesía “Ciudad de los Anillos”, docente del programa de Escritura Creativa de la Universidad de Santa Cruz (UPSA) y consejero de la Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia. Dirige el taller de poesía “Llamarada verde” en la ciudad boliviana de Santa Cruz, donde reside desde el año 2007. Entre otros premios, recibió la Medalla al Mérito Cultural de su país.

Declaración

No creo en el hombre. Apenas
en la chispa de luz adentro suyo
que un soprido de codicia extingue
como apaga un pequeño pabilo la tormenta.

He visto demasiado y no creo en el hombre.

Amo los árboles. Los animales.

He viajado y vivido demasiado y el
único deporte de riesgo que todavía me interesa

es caminar por el campo sintiendo el vértigo del tiempo
en las hojas que caen

o la feliz adrenalina de las hojas nuevas.

Tatuajes

Una mariposa de tinta se ha posado en la espalda
de esa muchacha.

Una mariposa de tinta que durará más que la lozanía
de la piel donde habita.

Cuando la muchacha sea una anciana, allí estará,
joven aún, la mariposa.

¿Cómo se verá la espalda de la muchacha
cuando la lozanía de su piel haya pasado?

¿Cómo se verá la muchacha que ahora ilumina
la verdulería, como una fruta más para mi mano?

¿Los viejos de mañana se verán como los de hoy
y los de siempre?

¿O serán diferentes, ellas con *piercings* en los senos caídos
y ellos grandes aretes en las orejas sordas?

¿Volarán mariposas en la espalda de las muchachas viejas,
arrugarán sus alas sobre camas del coma, se marchitarán
flores
de tinta dibujadas donde se abren sus nalgas?

Tal vez no pueda verlo, ya yo estaré ido para entonces
con mi mano temblando bajo un jean de mezclilla
o con la mente ausente en la cannabis
procurando aliviar dolores cancerígenos.

Ah, una mariposa de tinta se ha posado en la espalda
de esa muchacha.

Una mariposa de tinta que durará más que su aire.

Cuando ella haya exhalado por vez última
allí estará la mariposa todavía.

¿Echará a volar cuando incineren su morada de carne?

¿Se pudrirá en la tumba como una concubina egipcia?

¿La escuchará alguien volar o quemarse o pudrirse
y podrá venir para contarla?

¿Escuchará alguien la historia desde la soledad de sus
audífonos,

de los grandes aretes en sus orejas sordas?

¿No son estas las viejas preguntas de siempre?

¿Volveré a ver a algún día a la mariposa?

¿Volveré a ver a la muchacha?

¿Continuarán existiendo las verdulerías?

De la relatividad de la luz

Nada puede viajar más rápido que la luz.

Es una de las leyes de la física.

Ni el sonido, ni las partículas ni las moléculas
ni las sondas velocísimas creadas por los hombres.

Nada puede viajar más rápido que la luz,
ni siquiera los impulsos eléctricos que llamamos pensamiento
y tampoco los ángeles, que son seres de luz y viajan a la
misma velocidad que ella.

No hay, no puede haber nada más veloz en el universo,
en todos los universos
reales o imaginarios, pues la imaginación es más lenta que la
luz
y no puede concebir, en toda su irreabilidad,
nada que sea más veloz que sí misma.

Incluso cuando viajas en sueños viajas más lento
o al unísono de la luz
porque los sueños no son más rápidos que ella.

La luz es la velocidad por excelencia, el descapotable más
fantástico de la Chrysler de
Dios.

Detente ahora a mirar el sol, siente sus rayos
que calientan la piel de tu antebrazo
y las hojas del árbol del jardín.

De allí, de esa iluminación nace la vida
—lo intuyeron los bisabuelos de tus bisabuelos,
que adoraban un astro—
y la vida no es más veloz que aquello que la engendra.

Hasta la muerte llega más lenta que la luz
aun si viene como suele *venir en la saeta*,
pues no hay flecha capaz
—ni la flecha del tiempo, ni la que lo detiene para ti—
de viajar como ella.

Sí, dicen los físicos que es cierto todo esto.

Acaso los teólogos hagan la salvedad de Dios
pero Dios, si es, es la luz
que brilla en las tinieblas
e irradia a 300.000 kilómetros cada segundo
rasgando la noche de los tiempos
como la luz del quirófano que te hirió (y bienvino) al
nacer, como esa estrella fugaz que surca el horizonte
pero es el horizonte.

Y sin embargo,
sin contradecir en absoluto todo lo anterior,
nada hay más lento que la luz, tú lo sospechas.

Tarda tanto en viajar por el espacio
que su velocidad de poco sirve
a esa llamada de anhelo

o de esperanza
que en nuestras retinas es apenas
parpadeo de luz de un sol remoto,

punto que brilla entre otros puntos luminosos
suspendidos
del cielorraso de la noche.

Cuando a ti llega viene ya de un mundo muerto
del que jamás sabremos algo
ni de su amor
—si lo tuvo—
ni de su abrigo.

Cuando a otros ojos como los míos y los tuyos
llegue la luz de nuestro sol,
para ellos parpadeo remoto
punto en el cielorraso,
los millones y millones que lo vimos cada día despuntar y
yacer,
esos millones
desde el Neanderthal que por primera vez hizo fuego
hasta el iluminado Bodhisatva
que desprendía iridiscencia como las luciérnagas,
desde el oscuro inventor de las lámparas de aceite
hasta Thomas Alva Edison con su bombillo eléctrico
y Truffaut con su noche americana,

todos
y todo

ya habremos entrado en la noche de los tiempos
y la luz de nuestra estrella
y su asombrosa velocidad
no acusarán recibo
de nuestro amor y nuestro abrigo y nuestro odio y nuestro
desamparo.

Solos en la noche última
nos habremos oscurecido para siempre
aunque la tibia luz de este martes siga viajando lenta
y toque —ya fría— una retina de otro ser al cabo de los
siglos.

El firmamento es un cementerio de esperanzas muertas,
de anhelos desvanecidos.

Cada vez que lo mires, reza un responso por los seres del
Universo
—pequeños cometas de alocada melena—
que creyeron en la luz de las estrellas

y en el pasado o en el futuro
se aferraron a ella
como la primera mañana en que la luz se hizo
y era buena.

Apiádate de ellos, de nosotros un momento.

Nada puede viajar más rápido que la luz
pero este es un conocimiento perfectamente inútil.

Los patios son para la lluvia

Los patios son para la lluvia
cuando ella cae despiertan sus baldosas,
abren los ojos del tiempo sus aljibes.

Y entonces los patios cantan.

Un canto hondo,
en un idioma arcano
que hemos olvidado pero que comprendemos
cuando cae la lluvia sobre los patios
y volvemos a ser niños que oyen llover.

Bajo la lluvia todas las cosas son renovadas en los patios
y cuando escampa el mundo huele a recién hecho, a sábado
de Dios, a primavera.

El canto de los patios en la lluvia borra el dolor del universo
y susurra el dolor del universo
por las lluvias perdidas, por los patios perdidos, por los
cantos perdidos,

por ti y por mí que bailamos
bajo la lluvia de Bizancio
arcanas danzas
con movimientos hondos e indescifrables
en los patios de la memoria.

Por ti y por mí que bailamos
que llovemos
que despertamos las estaciones mientras el patio canta

porque la lluvia es para los patios,
esos indescifrables.

I Ching

El hombre sabio construye su casa
con amplios corredores
para sentarse a tomar el fresco
en la acera exterior
los días calurosos
y ver caer la tarde en los días de tedio,
saludando a quienes pasan
con una leve inclinación
de cabeza,
mientras estos le sonríen,
agradecidos por ofrecerles cobijo del sol
cuando caminan,
y cobijo del agua cuando llueve
y el hombre sabio está dentro de su casa,
destilando hasta el ocaso
el mosto del ayer.

Se busca

Si alguien hubiera encontrado
un libro de los *Cantos* de Ezra Pound color verde
eléctrico, extraviado en la carretera antigua entre el valle
central y el altiplano
una noche de julio de 1992.

Si alguien tuviera ese ejemplar
con poemas preciosamente traducidos
como aquél en que habla de los dedos de una mujer
que parecían una servilleta japonesa de papel o aquel otro
de Rihaku sobre la vieja esposa del mercader del río.

—*Tú viniste con zancos de madera jugando a los caballos,
caminaste junto a mi asiento, jugando con ciruelas azules...*

Si estuviera en la biblioteca de alguna persona
ese volumen con una fotografía de Ezra
con todas las arrugas, comisuras, todas las cicatrices
de la incomprensión
cuyo reverso es la locura.

Si lo tuvieras tú, jamás lo hubieras abierto y al leer esto
decidieras hacerlo y encontraras adentro,
entre dos páginas

(tal vez marcando *Portrait d'une femme*,
que me recordaba a una novia de entonces),
una ingenua estampa de la Virgen niña
con su Niño
en monocromo azul cerúleo,
con una oración al dorso
que repetía cuando era feliz o estaba triste
en la edad de la alegría verdadera
y de la vera tristeza.

Si encontraras ese libro habrías hallado
el muñón de un alma,
algo que me extravió.

No sabes lo que vale para mí ese ejemplar de los *Cantos*.
Si lo encuentras puedes quedártelo. Pero la estampa
—si aún está ahí—
remítemela, por favor.

Los libros se extravían y se encuentran
pero el asombro (o la fe, que es lo mismo)
se pierden para siempre.

—*Hubo una hora iluminada por el sol, y los más altos dioses
no pueden jactarse de nada mejor
que de haber contemplado a su paso esa hora.*

En esta u otras vidas tendrás tu recompensa.

Elemental

Si yo fuera panteísta —me decías—
escogería venerar a los dioses domésticos,
los dioses del hogar, pequeños y sencillos,
que se esconden tras una planta del jardín,
en la corteza de un mueble de madera
o dentro de un jarrón de cerámica
que alguna vez una muchacha aborigen portó sobre su cabeza
—cómo ondeaba su cintura en equilibrio, su cabello
negrísimo.

Los dioses diminutos y traviesos
de la lluvia en verano o del agua cayendo desde la regadera,
la diosa de la acequia en una vieja huerta
que aún frecuenta mi infancia,
las diosas del estanque o de la alberca
—siempre hay algo divino entre las aguas—,
el dios de la puerta, el dios de las almohadas, el dios de los
jabones,
el dios de las ventanas,

la turbulenta deidad de la caldera que hierva,
el dios mayor del hogar, escondido (y revelado) en el fuego.

Si yo fuera panteísta, me decías, creería en todos esos dioses.
O en la porción secreta de Dios que hay en todos los
elementos
—repuse.

Y mientras conversábamos, al caer de la tarde,
miraba yo con recelo y ternura, al mismo tiempo,
ensombrecidas pero aureoladas de luz nueva,
todas las cosas de la casa.

No

No en el precioso y preciso jaspeado carmesí en el corazón de esta flor
blanca como un cáliz de nieve,
no en sus pétalos albos y pequeños, no en las
líneas carmesíes diminutas como trazos de sangre de un
gorrión
malherido de amor sobre esa nieve;
no.

La belleza está en los ojos del que mira,
en el preciso y precioso jaspeado del iris de sus ojos,
en el corazón de su pupila,
en las líneas nerviosas diminutas que conectan el ojo
con la mente.

La belleza no está en el mundo por sí misma y para sí.
La belleza del mundo está en los ojos de los habitantes del mundo,
en la mente de los habitantes del mundo, en todos los
sentidos de los habitantes del mundo

pues no hay olor sabor textura ni trinos de gorrión ni cálices
de nieve
sino aquél que puede maravillarse en ellos.

La belleza está en tus ojos en tu lengua en tu pezón
en el funcionamiento maravillosamente armónico del
martillo y el yunque y el timpano de tu oído interno
en las células olfativas que trémulas se extienden debajo de tu
rostro.

Contra la muerte y el dolor y el mal,
a pesar de la extensión de su reinado en ti y en mí,
la belleza está en ti y en mí, no en esta flor

que temblorosa sostiene
su blancura
y sus irisaciones carmesíes
en una palma cuyo pulso un día dejará de latir
y será trazo de sangre en el corazón de un gorrión niño
y cáliz de tierra y humus para las nuevas flores
como esta

que temblorosa sostiene
su blancura

para aquellos que podemos percibir la suma
de todos los colores.

Koyu Abe siembra una semilla de girasol en los
jardines del templo de Genji

Koyu Abe, con rigurosa túnica negra,
alta y rapada la cabeza
llano el ceño
siembra una semilla de girasol en los jardines del templo de
Genji.

Con parsimonia deposita la pequeña cáscara repleta
de luz en potencia
de futuros asombros
en un cuenco cavado entre la tierra.

La cubre con una pequeña pala
la riega con una regadera anaranjada.

Pasa la brisa sobre los jardines del templo de Genji
la siente Koyu Abe en sus manos salpicadas por el agua.

En una bolsa de tela colgada en el regazo lleva
unas decenas o cientos de semillas.

Es aún muy de mañana y sembrar cada una es su tarea
y cubrirla
y regarla con su regadera anaranjada.

Un millón de girasoles habrán de alfombrar pronto los
jardines de Genji y los huertos aledaños.

Monjes, campesinas,
todos habrán de tener manos humedecidas por el agua que
riegue los futuros
asombros amarillos de los niños,
las que serán luces piadosas para ojos extenuados.

Koyu Abe no conoce a Van Gogh, mas pinta girasoles con su
pala.

Koyu Abe, cuya mirada divisa, en lontananza, los perfiles
grisáceos de los silos nucleares.

A la vera de Fukushima se levantan los jardines del templo de
Genji
y es preciso purificar el cielo, purificar las aguas, purificar el
suelo, purificar los soles sembrando girasoles.

No es un efecto estético, me dice Koyu Abe, en el silencio de la imagen:

las raíces absorben los metales pesados
y del veneno nace, como si tal, la flor.

*Mas es verdad que también la belleza purifica
por sí misma,*

acota el holandés, saliendo del silencio de la tela,
y Koyu Abe me extiende una bolsa de semillas
de cáscaras repletas de diminuta luz.

La enorme regadera anaranjada
me la alcanza Van Gogh.

La canción de la sopa

En tiempos de mi abuelo las familias eran grandes
vivían en grandes casas —grandes o chicas, pero grandes,
inclusive diminutas, pero grandes.

Comían alrededor de grandes mesas
mesas fuertes, cubiertas o no de mantel largo
pero bien establecidas en el piso.

Con cucharas enormes comían la sopa
en los grandes mediodías. La sopa extraída con grandes
cucharones
de unas enormes soperas.

Se reunían juntos después a oír la radio, a tomar café,
a fumarse un cigarrillo
sin grandes (ni pequeños) cargos de salud o de conciencia.

Mamá, bordando a veces y a veces tejiendo,
veía sucederse a los hijos y a los nietos
en un ininterrumpido y gran bordado.

Papá, la autoridad papá, llegaba todas las tardes a las 6
montado en un gran auto americano o en un gran caballo
o con un gran estilo
de caminar
para pasar la noche junto con los hijos y los nietos que el
tiempo no había interrumpido,
salvo aquél que enfermó, aquél que se fue
dejando un enigma y una sensación de vacío
—una enorme sensación de vacío—
flotando, con el humo de los cigarrillos,
sobre la sobremesa de la cena.

A veces, en esos momentos, papá, la autoridad papá,
dejaba de escuchar los sonidos de la radio y quería estar
solo consigo mismo, simplemente
no estar ahí, tal vez estar corriendo por alguna lejana
carretera con una rubia parecida a mamá cuando no era
mamá, montado en un gran auto americano o en un gran
caballo o
con un gran estilo de caminar aún no vejado por el tiempo.

Mamá a su vez algunas sobremesas sentía un nudo
en la garganta, un nudo que después salía flotando de su

boca montado en un gran suspiro,
un enorme nudo que se enredaba en el vapor
de su taza de café, con unas
volutas que le robaban la mirada y la hacían desear
estar sola,
simplemente no estar ahí, escuchando los llantos
de las últimas hijas y los primeros nietos.

Así fueron los años, vinieron los cafés y los cigarrillos
y un día la gran casa se fue quedando sola, las enormes
soperas vacías, las cucharas mudas
de una enorme mudez que a hijas y nietos nos persiguió
a lo largo de miles de kilómetros de carretera, de cable de
teléfono, de grandes ondas que ya no se miden en
kilómetros.

Incluso aquél que enfermó, el primero en partir
como cada quien que bebió de esa sopa fue alcanzado por la
mudez,
que se metió en su pecho por la gran boca abierta
de un enorme bostezo.

Entonces
compró una breve sopa instantánea

y entre sus mínimas volutas
se permitió un pequeño llanto.

No podía tomar la sopa.
en su diminuto departamento no había una sola cuchara,
una sola mesa bien fundada, algo
que vagamente pudiera parecerse a la felicidad
y sus rutinas.

Entonces pensó en los tiempos de su abuelo o del mío
o del tuyo, cuando las familias eran grandes
vivían en grandes casas —grandes o chicas, pero grandes,
inclusive diminutas, pero grandes
y veían sucederse a los hijos y a los nietos
en un ininterrumpido y gran bordado
con enormes hilos invisibles abrazándolos a todos en el aire.

El pie de Eurídice

Piensa un momento en el pie que
como un fruto
—opimo, terso, deleitable—
posa Eurídice en el territorio de la luz antes
de que el abismo la devore

—sombra fundida en otra sombra—
en el momento en que Orfeo osa mirarla.
Piensa ahora en el otro pie de Eurídice.

Aquél que como un fruto oscuro
el sol no baña sino el agua de Aqueronte.

En el pie que mordiera la serpiente,
el que se queda atrás y que la arrastra.

El pie mortal.

Acaso la poesía es una Eurídice
tendida como un arco
entre las zonas de la luz y de la sombra que
están dentro de Orfeo.

(Ocurre, breve, cuando el poeta osa
mirarla —verse—
a los ojos
y porque la mira
deja de estar).

Tal vez muchas otras cosas son
eurídices: nosotros, entre la sabiduría y
el deseo, la memoria y el olvido,
el adentro y el afuera,

o todo lo que existe
entre las reminiscencias del Ser y del no Ser.

La equivocación

Escucho girar la Tierra en el museo de Ripley
No el silencio de los astros, no.
No la música de las esferas.
Un ruido atronador, como de miles de voces lanzadas al
viento
a una velocidad terrible, incommensurable.
La verdadera voz del mundo, su quejido sinfónico.
No el susurro de Júpiter, el silbido de Marte.
Nuestras gargantas
—polifonía de soledades—
atraviesan el Universo
y dicen
de la estupenda equivocación de Dios
al crearnos.

La felicidad

Y acaso a veces
o casi siempre
la felicidad sea solo un arrebato:

un rapto

algo así como
la velocidad en un descapotable
o la sensación de la velocidad en un descapotable
o la maravillosa sensación de escuchar Chicago a toda mecha
en un descapotable
que recorre un camino bordeado de sembríos verde y oro.

Sí, eso.

La cuestión es escuchar Chicago —o Pachelbel u ópera—
y pensar que estamos corriendo por una carretera
larga y libre
muy larga y muy libre

y que somos ese descapotable
celeste y oro
que jamás tendremos.

Algo así.

Punto

Es maravilloso haber llegado al punto
en que ya no es preciso buscar la razón de tu vida
el amor de tu vida
el norte (y sur) de tu vida
porque ya has encontrado todas esas cosas
o ellas te han encontrado
y ahora puedes llamarlas, casi familiarmente,
con un sustantivo,
sea este el nombre de alguien
—aquí puedes poner el que deseas—
o de algo misterioso, como la poesía.

Y sin embargo, lo más maravilloso de todo esto
es que debes seguir buscando,
buscando
porque todas las cosas y los seres
que se encuentran
así como llegan se alejan.

Incluso la poesía, a momentos.
Esa desconocida.

Promesa

*(Donde el poeta, investido como un personaje de Kozinski,
conversa con su hija)*

Para Clara

Y si de pronto un rayo o un camión se abaten
sobre la palma erguida,
sobre su razón llena de pájaros
y mediodías

si la malaventura hiere su frente de luz
y la desguada
y convierte en escombros su razón
y su alegría
que era también la nuestra

no te dejes llevar por la tristeza,
hija,
recuerda que detrás de los escombros
siempre quedan semillas

y que algún día,
pronto,
después del rayo y la malaventura

se abrirá la luz
cantarán los pájaros
y nuestra calle y todas las calles del mundo
donde alguna vez hubo palmeras abatidas
se llenarán de felices jardineros
que peinarán
los nuevos brotes
y regarán los mediodías.

Te lo prometo, hija:
la mañana se llenará de jardineros.

De la procedencia de la luz

La luz viene siempre desde fuera
léase sol astros fuego lámpara:
nosotros somos oscuridad.

¿Pero la luz viene siempre desde fuera?
¿En el principio era la oscuridad y la luz sobrevino?
¿Desde qué afuera?
¿O en el principio la luz era un adentro?

¿Y la idea de la luz dónde sucede?
¿Podía alguien ver la luz si nadie había?
¿Podía alguien llamarla luz e iluminarse?

Entre el afuera y el adentro, la luz.
Nosotros somos un canal de luz, un río,
un mirar, un nombrar, un alumbrarse.

¿La luz que vino siempre desde fuera
se hizo en la carne y habitó en nosotros?

¿Ahora otra vez la luz será un adentro?

¿Habrá sol astros fuego lámpara en tu pecho,
en tu retina, en una circunvolución de tu cerebro?

Nosotros somos luz.

Ahora la oscuridad es un afuera
que reinará cuando nos apaguemos.

¿Y, cuando nos apaguemos,
volveremos hacia la luz primera?

¿Nos envolverá la oscuridad temprana?
¿Seremos luz, seremos nada?

Cierro los ojos.

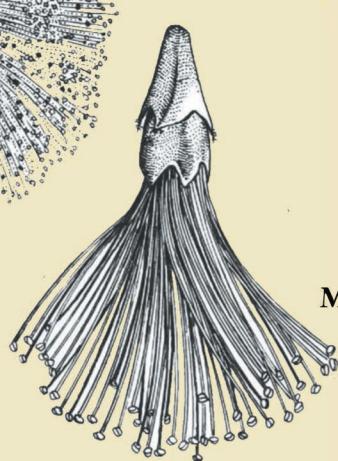
La luz de la memoria
—*el hombre teme más al olvido que a la muerte*—
me devuelve a un hombre que se llamó Machado:

*Anoche cuando dormía / soñé ;bendita ilusión!
que un ardiente sol lucía / dentro de mi corazón.*

¿De dónde viene la luz de este poema?

¿Del afuera que es Machado o del adentro que lo recuerda?

Insisto: ¿la luz viene siempre desde fuera?



Flor del espinillo

Colección

Municipalidad de Curuzú Cuatiá

José Miguel Irigoyen

Intendente Municipal

Marcos Isusi

Presidente del H.C.D

Juan Ángel López

Secretario de Gobierno

Verónica Espíndola

Secretaria de Economía y Finanzas

Virginia Aguirre Talamona

Directora de Cultura y Turismo

«IX Feria Internacional del Libro de Curuzú Cuatiá»

Carolina Zamudio y Luis Fernando Macías

Directores Fundación Cultural Esteros

Mónica Alegre de Irazusta

Presidente «Asociación Cultural y Artística

Curuzucuatiense Biblioteca Popular Rivadavia»

Mirta Gómez

Presidente Biblioteca Popular «Cuatiá Rendá»

Curuzú Cuatiá, 2020